

Pierdan toda esperanza los lectores que en las novelas buscan un personaje simpático a quien seguir, con el cual se identifican y cuyas aventuras les interesan por eso. No lo hay en *Caballo de copas*. Cada cual cojea de algún lado, que lo hace ingrato y que nos distancia de él. Tampoco el ambiente es agradable. Al contrario. Del principio al fin la historia transcurre en un medio bastante asqueroso: tahúres, sablistas, miserables, aficionados a las carreras, jugadores empedernidos, fiestas turbias, escenas indecentes de baja estofa. Jamás un respiro; apenas, de cuando en cuando, ciertas claridades que anuncian otras, pero no lo cumplen; porque el fango torna a subir de nivel y recubre la superficie entera. ¿Tipos curiosos bien retratados, fisonomías características, rasgos psicológicos penetrantes? Sí. Pero dentro de cierta medida, no muy honda ni muy vasta.

Entonces...

Eso es lo raro, lo sorprendente, lo original: con esos elementos de inferior calidad, usando ese revoltijo picaresco, un tanto nauseabundo, *Fernando Alegria* ha escrito una novela que se hace leer con pasión y que no puede soltarse. Es lo que nos ha sucedido. Las primeras páginas no prometen. El tono es apagado, indiferente y el colorido opaco. De pronto, la masa narrativa va encendiéndose y el cuerpo de la obra entra en calor. Decimos intencionalmente "el cuerpo". Y también "la masa". Es una especie de pasta o de pulpa viviente y palpitante, un desahogo impetuoso, por momentos de una intensidad potente, casi torrencial. La gente, la inmundada gente, se anima, sufre, goza, espera, y la onda que la empuja se nos comunica, no sin misterio, de una manera física. Nos vemos, a pesar nuestro, irresistiblemente cogidos y arrastrados por el destino de esos seres, no fáciles de distinguir; pero que en cada fragmento existen y respiran con autenticidad sobrecogedora.

Estamos en el puerto de San Francisco de California, y dos chilenos —tres con el caballo— luchan por la vida, se batan, trabajando a la desesperada, desempeñando oficios viles. A ratos, por el fondo, pasan ráfagas violentas, como de liberación, y el estilo, apretado de incorrecciones, halla contrastes insólitos, efectos un tanto surrealistas de poesía, mezclada con cierta vacilación entre lo real y lo fantástico. Pero es nada más que una tendencia. El realismo se vuelve pronto aplastador.

"El sol —página 69— empezaba a alumbrar como un medallón oxidado. Tintas carmesíes y azules teñían el cielo y lo dejaban flotando como una copa en la brisa de la tarde. Yo sentía la invasión fresca y olorosa del valle californiano. Olor a legumbres recién regadas, a tierra fértil, a lechuga, a tomate, a limón. Sobre las colinas de San

Es merecido, *Sto*
Supt.

ojo: La columna anterior va primero

FERNANDO ALEGRIA original creador de personajes antipáticos



Alone LO DIJO

Bruno venía zumbando el viento del océano, y, entre chiflones y nubes de todos colores, descendían los aeroplanos en el aeropuerto municipal. El cowboy no paraba al mascullar. Ya no lo escuchaba: El aire cristalino me sostenía maravillado, agradecido del atardecer, de la luz, de la muchedumbre excitada, de ese sentimiento dulce y melancólico que me empujaba hacia todos: carreristas, caballos, putarronas, jubilados, policías, marihuaneros, suplementeros, filipinos, negros, italianos, vascos, mexicanos, señoras con pieles y señoras de apretados pantalones y blusas transparentes. Todos confundidos en el polvillo de oro del crepúsculo, hediondos a sudor y cerveza, perdida la esperanza, una gran flor de amargura en la garganta, los pantalones sucios, pero la mirada fraterna, solidaria, perruna.

He ahí el tono. O, mejor, la elevación del tono.

Hay algo de *Blaise Cendrars* en la opulencia desenfadada, en las pinceladas de rompe y rasga y los trazos obscenos que una súbita curva hace ascender hacia planos poéticos, musicales.

¿Ha querido evitar Fernando Alegria la tentación del "violonchelo", del agrado fácil y sabido?

Ha querido, en todo caso, evidentemente, derramarse y romper diques. Profesor, dicen sus títulos; doctor en Filosofía y Lenguas Romances de la Universidad de

California, catedrático de Literatura Hispanoamericana, autor de numerosos libros sabios: *Ideas estéticas de la poesía moderna*, *Ensayo sobre cinco temas de Tomás Mann*, *Walt Whitman en Hispanoamérica*, estudios eruditos que exigen preparación, tratados llenos de ideas serias y vistas trascendentales para discutirlos en congresos de escritores, una gran posición, una gran responsabilidad, un magisterio grave e importante, muy aburridor, por debajo, tasca el freno y lucha por lanzarse un novelista, un colorista, un observador malicioso y sin remilgos, rabelesiano, insaciable de vida revuelta. Hasta que —¿cómo, por qué?— llega el momento y al diablo vayan togas y birretes, el hombre de adentro aparece a la luz con un mundo de experiencias.

Experiencias vividas, experiencias soñadas.

Eso no se sabe nunca ni importa demasiado. En arte, una cosa es la impresión y otra la expresión y solamente los cándidos buscan en aquélla la razón de ésta. La razón no está sino en el hombre mismo, en su pozo, en su

corriente, en su misterio. Un misterio que él mismo ni se atreve a sondear.

Parece imposible que Fernando Alegria haya vivido la existencia de los "carreristas" y su comparsa, los jinetes y preparadores de *Tanforán*, la de *Mercedes*, bailarina desnuda, y, al mismo tiempo, haya realizado las investigaciones literarias y servido la cátedra de donde arranca su prestigio. Sería el caso de una doble personalidad.

Más verosímil resulta el don novelístico que tomó ese cauce, como pudo escoger otro. Porque de eso no cabe dudar: el don está ahí, patente e imperioso, la necesidad de escribir una novela, la falta absoluta de esfuerzo. Mas, se concibe, dado su ímpetu, el esfuerzo que habrá necesitado para dejar de escribir, para contenerse y no "cortar las huinchas".

Porque el libro, desde varios puntos de vista, las corta. Da toda la ilusión, hasta por el uso de la primera persona en el relato, de que el autor se ha revolcado en ese pantano, que todo eso lo ha visto, y de cerca, y bebido, y olido y tocado. No se pueden acumular tantos detalles precisos y certeros sin haberlos observado, día y noche, hasta impregnarse. No hay explicaciones ni preparativos. Es la visión directa, el dibujo inmediato, con modelo a la vista. ¿Cabe inventar la escena en que "González", el caballo chileno, da su gran batatazo y los extremos delirantes de alegría que hace estallar el triunfo? Eso es

dramático, porque suena a cierto. ¿Y la cosecha de tomates?

"El Cuate —página 120— se reía y me puso un despertador en la oreja. La campanilla me sacó de un brinco de la cama. Nos lavamos en un caño de agua que había junto a la puerta. Una fila como de treinta individuos esperaba para entrar en el retrete. Uno solo para toda la cuadrilla de trabajadores. La fetidez era tal, que los que entraban sostenían la respiración o tragaban aire por la boca. Desde el camión, el viejo capataz nos apuraba a gritos. Hoy venía acompañado de un muchacho rubio, de ojos claros, muy quemadito por el sol y vestido a la manera de los artistas de cine, que van a un balneario como a una expedición: casco colonial, chaqueta de cuero, pantalones caqui y botas. Esto nos cayó mal desde la entrada.

"—Míralo —me dijo el Cuate— se cree muy bello.

"En realidad, de pie en el camión, el perfil atlético, el mentón duro y cuadrado, las manos en las caderas, sólo le faltaba el látigo para negrero. Acaso percibió nuestra antipatía o acaso nuestra antipatía nació de una certera intuición. El caso fue que el Bello se transformó ese día en nuestro verdugo."

Gran lección este pasaje, como todo el libro, para las legiones de ilusos que en Sudamérica sueñan con trabajar en la América del Norte, creyéndola campo fértil, presa fácil.

No enseñanza universitaria en lenguaje académico. Han descubierto recientemente, tras la materia, la antimateria; aquí, contra el doctor, bajo el doctor, salta un antidoctor, su reverso terrible, de interiores ásperos, en batalla sangrienta. Abajo las fórmulas.

Verdad que un "happy end" corona esa trágica pugna, pero quedan dominando, incontrastable, más real que la realidad, el asco, la mugre, la fetidez, la grosería y el horror.

La onda potente que toma a los lectores y los lleva, encadenados desde la primera hasta la postrera página —no sin desfallecimientos transitorios y monotonías locales— constituye un milagro del temperamento novelístico esencial, de la vocación profunda y la aptitud formidable que estallan, por fin, y toman su revancha, derramándose.

La sorprendente e inesperada obra de Fernando Alegria viene a confirmar el período de florecimiento, porque, desde *Hijo de ladrón*, atraviesa la novela nacional y añade otro argumento optimista a los que últimamente nos han proporcionado las novelas de *Merino Reyes*, *Guillermo Añas*, *Marta Brunet*, *José Manuel Vergara* y *José Donoso*, que citamos, sin apuntes, entre las que primero se nos vienen a la memoria. □

El Mercurio, febrero de 1958.



UN LIBRO CURIOSO: Para Alone resultó sorprendente que esta novela, en la que dominan el asco, la mugre, la grosería y el horror, se hiciera leer con pasión. "No puede soltarse", comentó. A la derecha, su autor, Fernando Alegria, en un retrato de los años 70. Hoy vive en estados Unidos.